

## ¿DESAFÍO O DESVARÍO?

RAMON JAUREGUI\*  
EXPANSION, 3.10.07

En ese juego semántico que utilizó la vicepresidenta del Gobierno para descalificar la propuesta de Ibarretxe, comparando dos palabras de parecida fonética y muy diferente significado, puede encontrarse la clave de la estrategia de respuesta al citado plan. Desafío equivale a grave desacato institucional, a enfrentamiento político de máximo nivel, incluso cabe equipararlo a provocación fuera de reglas. Desvarío es un término más ofensivo aunque no arrastra la carga del conflicto ni la pasión que suscita el duelo. Desvarío es un delirio, un dislate, un disparate, una locura y en todos esos términos late una especie de desprecio que quita importancia al asunto, precisamente por eso, por irracional e ilusorio.

La propuesta de Ibarretxe es probablemente las dos cosas y, sin embargo, hay una enorme diferencia en las estrategias que suscitan ambos términos. Quienes ponen el acento en el desafío a España y a la Constitución reclaman en consecuencia una estrategia de máximo rigor y de enérgica firmeza contra el lehendakari y su propuesta. Algo de oportunismo político en momentos preelectorales aconseja a la oposición y a algunos medios la conversión de este desafío en el tema estrella del debate político de los próximos meses. Es más, el asunto será incorporado a otros temas de especial sensibilidad nacional: banderas, quema de fotos del Rey, etcétera, para hacer un totum revolutum con Zapatero en la diana de la máxima y casi exclusiva responsabilidad.

## Discurso catastrofista

Personalmente creo que ese discurso exagerado y catastrofista sobre la salud de nuestras instituciones y de España como país está condenado al fracaso. La monarquía española está muy reconocida en nuestro país y los Reyes se han ido ganando el aprecio y la legitimación social del pueblo español, de una manera creciente y consistente. Lo mismo digo de España como país, como nación o como Estado. Llámenla como quieran, pero creo sinceramente que los treinta años de democracia y de autonomías no han desvertebrado España sino todo lo contrario. La están haciendo más fuerte, más moderna, más incluyente, más integradora de su diversidad, más orgullosa de su pluralidad y también más acogedora para quienes no creen en ella. Hasta el punto de que, quizás en estos últimos treinta años, hayamos empezado, de verdad, a construir una nueva identidad española que durante los siglos XIX y XX no fuimos capaces de lograr.

Dicho lo cual, no soy de los que se toman a broma la propuesta del lehendakari. Es más, me preocupa seriamente y tengo algunos motivos para decirlo. El primero es que, desgraciadamente, Ibarretxe ha arrastrado a su partido a la estrategia más radical y se ha impuesto a las modulaciones pragmáticas y a los principios políticos que defendía el presidente de su partido, Josu Jon Imaz. A destacar aquí esa paradoja producida en este caso con el presidente de todos los vascos en la posición más radical y el líder del partido en la posición más moderada, cuando los papeles y la representación que ostentan exige precisamente lo contrario.

El segundo es la insistencia, tenaz podríamos calificarla, de reiterar su

viejo plan, a pesar de haber sido tramitado en su día como reforma estatutaria y rechazado por las Cortes a comienzos de 2005. Lo cual hace casi inviable en términos políticos su renegociación porque pesa sobre dicha propuesta una anulación legal en la negativa del Legislativo nacional a tramitarla.

En tercer lugar, me preocupa su manifiesta ilegalidad y la imposibilidad de encaje de su pretensión principal, esto es, el reconocimiento del Derecho de Autodeterminación. En cuarto –y no quiero extenderme en lo que podría muy bien ser un decálogo de alarmas–, lo que me irrita es la profunda división a la que nos encamina esta propuesta. División de vascos con vascos, de territorios, de sentimientos, de familias, de amigos. División de país en un país dividido. En fin, lo peor es lo que puede suponer de retroceso en la lucha antiterrorista. Porque me aterra que del desenlace de esta “iniciativa”, los chavales de Euskadi, algunos chavales del entorno abertzale, puedan derivar nuevas razones de la vieja violencia.

Pero, precisamente porque me preocupan tantas cosas de este desafío-desvarío, me preocupa más la manera de combatirlo y derrotarlo. Especialmente cuando veo que a quien algunos quieren ganar no es a Ibarretxe, sino a Zapatero, aunque, de resultas, gane Ibarretxe. Me explicaré. El desenlace último de esta batalla política no se producirá en Madrid, sino en Euskadi. La cuestión no es quién aprovecha mejor este asunto en el debate electoral de marzo de 2008, sino que el juego se dilucida en Euskadi, ante su opinión pública, que será convocada a las urnas a finales de ese año, una vez frustrada la consulta del 25 de octubre. Si no ponemos nuestra mirada y nuestros objetivos en ese espacio y en esa fecha, nos estaremos equivocando gravemente. El

lehendakari ya sabe que su plan es imposible. Sabe de sobra que le faltan votos en el Parlamento vasco para una consulta contra ETA (lo que hace más tramposo todavía su plan, al tener que contar con los votos de Batasuna para su aprobación) y sabe que la legalidad del Estado de Derecho no se la puede saltar. Lo que busca es cargarse de razones victimistas para ganar las elecciones autonómicas, adelantadas como consecuencia de este desenlace y ver así ratificadas y legitimadas sus pretensiones. Y ésa es la batalla que hay que ganar. Ahí es donde quienes somos autonomistas, o no nacionalistas, o ciudadanos sin más, tenemos que decirle al lehendakari y a ese PNV arrastrado por él, a esta deriva radical y rupturista, que se vaya a casa.

Un ejemplo

Y para que eso ocurra, hay que afinar. Por ejemplo, mirando más a las maneras y a las razones que esgrimimos para decir no al plan del lehendakari. Hagámoslo con un ejemplo, que viene a nuestra memoria con enorme actualidad. A finales de 2004, el Parlamento vasco aprobó, con los votos de PNV-EA-IU y Batasuna (39 en total) el famoso Plan Ibarretxe, envuelto en una propuesta de reforma del Estatuto de Gernika. Recuerdo que el PP sostuvo que el plan era directamente rechazable y que ni siquiera debía tramitarse en el Congreso de los Diputados. El PSOE decidió tramitarlo. Vino el lehendakari y habló cuanto quiso. Le dijimos no y convocó elecciones. Las perdió con 140.000 votos menos, ¿se acuerdan?

Yo creo que la propuesta de consultas del lehendakari no es un desvarío, pero hay que tratarlas como si lo fueran. Tiene que quedar claro que eso no va a prosperar y todos los vascos deben saberlo, pero hagámoslo con

educación y con buenas maneras, ofreciendo nuestra mano tendida para hacer Euskadi entre todos. Convenzamos a los vascos de que ese plan no trae la paz. Que eso es mentira y ellos lo saben. Convenzamos a los vascos de que el futuro de Euskadi se conjuga en primera persona del plural, es decir, entre todos y no unos sobre otros. Digamos no al lehendakari sin que ello aparezca como una gran alianza española contra los vascos. Seamos inteligentes y evitaremos así que lo que es un desvarío se convierta de verdad en un desafío de impredecible salida.

*\*Ramón Jáuregui es portavoz del PSOE en la Comisión Constitucional Congreso de los Diputados*